

LEV TOLSTÓI

LA MAÑANA DE UN
TERRATENIENTE

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Умно помещика*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la edición original, 2016 by Dirección General de
Publicaciones de la Secretaría de Cultura de México

© de la traducción, 2021 by Selma Ancira Berny

© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *El labrador*, de Cecil Aldin (1870-1935)

ISBN: 978-84-18370-26-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 6513-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El príncipe Nejliúdob tenía diecinueve años cuando, al término de su tercer curso en la universidad, fue a pasar las vacaciones de estío en su aldea, donde permaneció todo el verano. En otoño, con su caligrafía infantil, no consolidada aún, escribió a su tía, la condesa Belorétskaia, a quien él consideraba no sólo su mejor amiga sino también la más genial de las mujeres viviendo sobre la faz de la tierra, la siguiente carta que nosotros traducimos aquí del francés:

Mi querida tía:

He tomado una decisión de la que seguramente dependerá el destino de mi vida. Abandono la universidad para consagrarme a la vida rural, porque siento que he nacido para ella. Por lo que más quiera, tía querida, no se burle usted de mí. Seguramente me dirá que soy joven; quizá en realidad siga yo siendo un niño, pero esto no me impide sentir mi vocación, desear hacer el bien y amarlo.

Como le escribí en una carta anterior, hallé las

cosas en un estado de desorden indescriptible. En un intento de arreglarlas, y habiéndolas visto ya de cerca, me di cuenta de que el mal principal radica en la situación verdaderamente lamentable y penosa de los campesinos y, también, de que es un mal que no puede remediarse sino mediante el trabajo y la paciencia. Estoy convencido de que si usted pudiera ver a Iván y a David, dos de mis campesinos, y la vida que llevan con sus familias, la sola imagen de estos dos desdichados influiría en usted más que todo aquello que yo pueda decirle para explicar mi determinación. ¿Acaso no es mi deber más inmediato y sagrado ocuparme de la felicidad de estas setecientas personas de las que rendiré cuentas ante Dios? ¿Acaso no es un pecado abandonarlas al despotismo de los ordinarios síndicos y de los intendentes en aras de mis propios placeres y ambiciones? ¿Y por qué buscar en otra esfera la oportunidad de ser útil y hacer el bien cuando ahora tengo frente a mí un deber tan noble, tan espléndido y tan inmediato? Me siento capaz de ser un buen patrón; y para serlo del modo en que yo entiendo esta palabra, no me hace falta ni un título universitario, ni esos grados que tanto anhela usted para mí. Querida tía, no haga planes ambiciosos para mí, hágase a la idea de que el camino que he emprendido es un camino peculiar, pero bueno, y que, así lo siento, me conducirá a la felicidad. Una y otra vez he pensado en mis obligaciones fu-

turas, he redactado reglas de conducta y, si Dios me presta vida y me concede la fuerza necesaria, tendré éxito en mi empresa.

No le muestre esta carta a mi hermano Vasia: temo sus burlas; él está acostumbrado a sentirse superior, y yo a someterme a él. En cambio Vania, si no aprueba mis intenciones, por lo menos las entenderá.

La condesa le respondió con la siguiente carta, que también aquí traducimos del francés:

Tu carta, querido Dmitri, no ha hecho sino demostrarme que tienes un corazón maravilloso, algo de lo que nunca he dudado. Pero, amigo mío, nuestras cualidades en la vida nos perjudican más que nuestros defectos. No te voy a decir que estás haciendo una tontería, ni que tu conducta me aflige, pero intentaré influir en tu decisión mediante aquello de lo que estoy convencida. Pensemos juntos, amigo mío. Dices que sientes vocación por la vida rural, que quieres la felicidad para tus campesinos y que esperas ser un buen patrón. Debo decirte: 1) que sólo cuando nos hemos equivocado de vocación, sabemos cuál es la verdadera; 2) que es más fácil conseguir la felicidad propia que la ajena; y 3) que para ser un buen patrón es necesario ser una persona fría y severa, algo que difícilmente conseguirás ser, aunque intentes parecerlo.

Piensas que tus razonamientos son incontestables e incluso los tomas por reglas en la vida; pero a mis años, amigo mío, no se cree ni en razonamientos ni en reglas, únicamente se cree en la experiencia; y la experiencia me dice que tus planes son una niñería. Tengo casi cincuenta años, y he conocido a muchas personas respetables, pero jamás he oído que un joven rico y dotado de capacidades, bajo el pretexto de hacer el bien, se enterrara en el campo. Siempre has querido parecer original, y tu originalidad no es más que un exceso de amor propio. ¡Ay, amigo mío!, será mejor que elijas los caminos trillados; ellos conducen de manera más directa al éxito, y éste, aun si no te es necesario como tal, sí te será indispensable para tener la posibilidad de hacer el bien que tanto amas.

La miseria de algunos campesinos es o bien un mal necesario o bien un mal que se puede aliviar sin olvidar todas las obligaciones que uno tiene con la sociedad, la familia y uno mismo. Con tu inteligencia, tu buen corazón y tu amor por el bien, no hay carrera en la que no puedas alcanzar el éxito; pero por lo menos, elije una que te sirva y esté a tu altura.

Yo creo en tu sinceridad cuando dices que careces de ambición; pero te estás engañando. A tu edad y con los medios de los que dispones, la ambición es una virtud; sin embargo, se convierte en un defecto y en una bajeza cuando el hombre deja de ser capaz de satisfacer esa pasión. Será algo que experimenta-

rás, si permaneces fiel a tus intenciones. Me despidió, gentil Mitia. Tengo la impresión de amarte todavía más por este absurdo proyecto tuyo, que pese a todo es noble y generoso. Haz lo que te parezca mejor, pero que sepas que no puedo estar de acuerdo contigo.

Después de recibir esta carta, el joven pasó mucho tiempo pensando en ella. Sin embargo, cuando finalmente decidió que aun una mujer genial podía equivocarse, solicitó su baja en la universidad y se quedó para siempre en el campo.

El joven terrateniente, tal y como le había escrito a su tía, había redactado unas reglas de conducta para su explotación: toda su vida y sus ocupaciones estaban programadas por horas, días y meses. Había reservado el domingo para recibir a quienes venían con alguna petición, a los criados y a los campesinos, para hacer la ronda de los haberes de los campesinos pobres y para valorar la ayuda que se les podría prestar con la aprobación del *mir* que,¹ reunido todos los domingos por la tarde, debía decidir a quién y qué ayuda había de prestarse. En esas ocupaciones transcurrió más de un año, y el joven terrateniente dejó de ser un novicio tanto en el conocimiento práctico de la explotación como en el teórico.

Era un domingo soleado de junio, cuando Nejlíúdov, después de tomar su café y hojear un capítulo de *La Maison rustique*,² con su cuaderno de notas y un fajo de billetes en el bolsillo de su abrigo ligero, salió de aquella gran casa rural con columnatas y terrazas, en la que ocupa-

ba un cuartito pequeño de la planta baja y, por los caminos no desbrozados y cubiertos de yerba del viejo jardín inglés, se dirigió a la aldea, situada a ambos lados de la carretera. Nejliúдов era un muchacho alto, esbelto, con una abundante y espesa cabellera de color castaño oscuro, unos ojos negros que despedían un brillo luminoso, mejillas lozanas y labios encarnados sobre los que se dejaba ver un primer bozo juvenil. Todos sus gestos y su manera de andar denotaban fuerza, energía y la apacible suficiencia de la juventud. Los campesinos, en una abigarrada multitud, volvían de la iglesia; los viejos, las muchachas, los niños, las mujeres con bebés de pecho, endomingadas, saludando al señor con una profunda reverencia y apartándose para dejarlo pasar, se dispersaban por las isbas. Nejliúдов torció en una calle y se detuvo, sacó de su bolsillo su cuaderno de notas y en la última hoja, escrita con una caligrafía infantil, leyó los nombres de varios campesinos, acompañados por algunas observaciones: «Iván Churisionok pidió horcas», leyó y, adentrándose en la calle, se llegó hasta las puertas de la segunda isba a mano derecha.

La vivienda de Churisionok era un almacén hecho de troncos ahora ya medio podridos, con

las esquinas roídas por la humedad, inclinado y con uno de sus costados tan sumido en el suelo que una ventanita rota y roja con los postigos a medio arrancar, y otra, sellada con estopa, se dejaban ver al ras de un montón de estiércol. Rodeaban la isba principal una casucha medio derruida con un zaguán sucio y una puerta baja, otro armazón de troncos, pero más pequeño, más viejo y más bajo todavía que el zaguán, un cuchitril y un cobertizo. Todo esto alguna vez había estado cubierto por un solo techo irregular; hoy, sólo el cobertizo estaba recubierto de paja negra y podrida; en lo alto, en algunos sitios se podían distinguir las vigas y los maderos del techo. Delante del patio había un pozo cercado de maderos putrefactos, los restos del brocal y la polea, y un charco sucio, pisoteado por el ganado, en el que chapoteaban unos patos. Cerca del pozo había dos sauces vetustos, desvanecidos y agrietados, con unas cuantas ramas de un verdor muy pálido. Debajo de uno de estos sauces, que atestiguaban que alguna vez alguien se había preocupado de engalanar el lugar, se hallaba sentada una niña rubia de unos ocho añitos que obligaba a otra, de tal vez dos, a gatear a su alrededor. Un cachorrito callejero que se encontraba por allí cerca, al ver al se-

ñor, salió disparado por debajo de la puerta y desde ahí lanzó unos ladriditos sonoros y asustados.

—¿Está Iván en casa?—preguntó Nejliúdob.

La mayor de las niñas pareció quedarse pasmada cuando oyó la pregunta y, sin responder, iba abriendo cada vez más grandes los ojos; la menor se puso a hacer pucheros. Una viejecita menuda, con una falda a cuadros hecha trizas y sujetada por encima de la cintura con una vieja faja de un rojo desteñido, espiaba por detrás de la puerta y tampoco respondía. Nejliúdob se llegó hasta el zaguán y repitió la pregunta.

—En casa, patrono—articuló con voz temblorosa la vieja, inclinándose en profunda reverencia y con una agitación creciente que denotaba temor.

Cuando Nejliúdob, tras haberla saludado, atravesó el zaguán y se encontró en el estrecho patio, la vieja, apoyando la barbilla en la palma de la mano, se arrimó a la puerta y, sin quitar los ojos del señor, movió la cabeza con mansedumbre. En el patio reinaba la tristeza; por aquí y por allá había restos de viejo estiércol no recogido, ennegrecido; sobre el estiércol se hallaban desparrramados un tronco podrido, una que otra horca y un par de rastrillos. Los cobertizos que daban la

vuelta al patio, al abrigo de los cuales debían estar, aquí el arado, allá una carreta sin ruedas y más allá un montón de colmenas vacías e insertibles amontonadas unas encima de las otras, estaban casi todos destechados, y uno de sus lados se había venido abajo, de modo que enfrente, los travesaños ya no se apoyaban en las horcas, sino en el estiércol. Churisionok demolía, con ayuda de un hacha y un mazo, la valla que el tejado había aplastado al caer. Iván Churis era un campesino que contaría a la sazón alrededor de cincuenta años, de estatura más baja de lo normal. Los rasgos de su cara alargada, tostada, enmarcada en una barba castaño oscuro ligeramente canosa y con una espesa cabellera del mismo color, eran agradables y expresivos. Sus ojos entornados, intensamente azules, miraban con expresión inteligente y apacible despreocupación. Su boca pequeña y bien formada que, cuando sonreía se delineaba de manera nítida por debajo del ralo bigote castaño, denotaba una seguridad serena y una indiferencia ligeramente burlona hacia todo lo que lo rodeaba. Por lo tosco de su piel, sus profundas arrugas, las muy marcadas venas en el cuello, en la cara y en los brazos, por lo encorvado de su espalda

y lo arqueado de sus piernas, se veía que había pasado la vida entera haciendo un trabajo demasiado duro, superior a sus fuerzas. Iba vestido con unos pantalones de basta tela blanca con parches azules en las rodillas y una camisa sucia del mismo tejido y del mismo color, toda deshilachada en la espalda y en las mangas. Llevaba la camisa sujeta más abajo de la cintura con un cordón del que colgaba una llavecita de cobre.

—¡Que Dios te ayude!—dijo el señor cuando entró en el patio.

Churisionok se volvió, lo miró y retomó su trabajo. Tras un gran esfuerzo, logró por fin sacar la valla que había aplastado el alero y sólo entonces, clavando el hacha en un tronco y ajustándose el cinturón, se dirigió al centro del patio.

—¡Buen domingo, su excelencia!—dijo haciendo una profunda reverencia y agitando los cabellos.

—Gracias, eres muy amable. He venido a ver tu explotación—dijo Nejlíúrov con el gesto amistoso y tímido de un niño, mientras observaba el atuendo del campesino—. A ver, enséñame para qué quieres las horcas que me pediste en la asamblea.

—¿Las horcas? ¿Para qué sirven las horcas,

padrecito su excelencia? Quería que esto tuviera algo en qué apoyarse aunque fuera tantito, ya ve cómo está; endenantes se me derrumbó la esquina, menos mal que en ese momento no había ganado por ahí. Todo está como con alfileres—decía Churis, mirando con desprecio sus cobertizos desvencijados, destechados y hundidos—. Con que uno toque los cabrios, los travesaños o las vigas, ya se da cuenta de que no queda ni un trozo de madera buena. ¿Y ónde conseguir madera hoy? Vaya usted a saber.

—¿Y de qué te sirven cinco horcas, cuando un cobertizo ya se te vino abajo, y los otros están a punto? Lo que necesitas no son horcas, sino cabrios, travesaños y vigas, todo nuevo—dijo el señor, al parecer haciendo gala de sus conocimientos. Churisionok guardaba silencio—. Lo que tú necesitas es madera de construcción y no horcas. Eso debiste haberme dicho.

—Claro que lo necesito, pero no tengo ónde haberlo: ¡no voy a estar acudiendo todo el tiempo al patio del señor! ¿Qué clase de campesinos seríamos si tuviéramos la costumbre de ir y hacer reverencias en el patio del señor por cualquier cosa? Pero si quiere concederme esta gracia, la de los troncos de encina que están tira-

dos en el cobertizo de la casa señorial sin oficio ni beneficio—dijo inclinándose y balanceándose ya en uno ya en otro pie—, pues entonces a lo mejor truenco algunos, y otros los puedo recortar un poco y ya veré qué hago con los viejos.

—¿Cómo con los viejos? Pero si tú mismo dices que todo está podrido e inservible; hoy se ha hundido esta esquina, mañana será aquélla y pasado mañana la otra; si ya se va a hacer algo, habrá que hacerlo todo, para que el trabajo no sea en vano. Dime una cosa, ¿tú crees que el patio, tal como está, aguantará el invierno?

—¡Vaya usted a saber!

—No, ¿qué crees?, ¿se derrumbará o no?

—Sí, se va a derrumbar—dijo de pronto.

—Pues ahí lo tienes, eso es lo que deberías haber dicho en la asamblea, que necesitas reconstruir tu patio entero, en vez de pedir sólo unas horcas. Tú sabes que me complace ayudarte...

—Estamos muy contentos de su ayuda—respondió Churisionok con tono desconfiado y sin mirar al señor—. Me conformo con unas cuatro vigas y algunas horcas; a lo mejor así puedo arreglármelas, y si me queda madera, la podría usar para apuntalar la isba.

—¿¡También la isba está en mal estado!?

—Eso estamos esperando mi vieja y yo, que en cualquier momento aplaste a alguien—dijo Churis con indiferencia—. Endenantes se desprendió una viga del techo y dejó tiesa a mi vieja.

—¿¡Cómo que la dejó tiesa!?

—Así, la dejó tiesa, su excelencia: le dio tal golpe en la espalda que estuvo como muerta hasta la noche.

—¿Y ya pasó?

—De pasar pasó, pero sigue mala. Aunque es como si hubiera nacido mala.

—¿Estás enferma?—le preguntó Nejlíú dov a la vieja que seguía de pie en la puerta y que al oír que el marido la mencionaba, había empezado a gimotear.

—Aquí me duele todo el tiempo, pero ni modo—dijo la mujer señalándose el sucio y raquítico pecho.

—¡Siempre lo mismo!—dijo el joven señor alzando los hombros—, si estás enferma, ¿por qué no has ido al hospital? Para eso abrimos uno. ¿O no os avisaron?

—Nos avisaron, sí, patrono, pero la cosa es que no hay tiempo: entre la faena, la casa y los niños, ¡y encima estoy sola! Es que nosotros, no tenemos ayuda...

Nejliúдов entró en la isba. En las paredes irregulares, ahumadas y cubiertas de hollín del rincón negro de la isba había trapos y ropas colgando de clavos, y en las del rincón rojo, cientos de cucarachas color ocre pululaban alrededor de los iconos y del banco.³ En el centro de esta pequeña isba oscura y maloliente, que debía medir unas seis arshinas,⁴ el techo tenía una profunda grieta y, pese a dos puntales, estaba tan combado que amenazaba con venirse abajo.

—Sí, la isba está en pésimo estado—dijo el señor, observando a Churisionok, quien al parecer no quería empezar a hablar del tema.

—Nos aplastará a nosotros y aplastará a nuestros muchachitos—comenzó a decir con voz llorosa la mujer, al tiempo que se apoyaba en la estufa bajo el altillo.

—¡Tú no hables!—dijo Churis con severidad y, con una sonrisa apenas perceptible que se dibujó bajo el movimiento de sus bigotes, se dirigió a su señor:

—De veras no sé qué hacer, su excelencia, con esta isba; le he puesto puntales, le he puesto soportes, y de nada sirve.

—¿¡Cómo vamos a pasar aquí el invierno!?!
¡Ay, ay, ay!—gimoteó la mujer.

—Si ponemos otros soportes y le colocamos un techumbre nuevo—la interrumpió su marido con expresión serena pero diligente—, y si cambiamos aquí y allá algunas vigas, tal vez podremos pasar el invierno. Bueno, de pasarlo lo pasaremos, pero la isba va a estar abarrotada de puntales, eso sí; y pues mejor ni tocarla, porque no se va a poder encontrar ni una astilla en buen estado. Si se sostiene es sólo gracias a que todavía está en pie—añadió visiblemente satisfecho de haber tenido esa ocurrencia.

A Nejliúdiv le molestaba y le dolía que Churis hubiese llegado a esos extremos, y que no hubiera acudido a él antes. Nunca, desde que había llegado, les había negado nada a los campesinos y estaba empeñado en conseguir que fueran a verlo directamente a él y le dijeran qué necesitaban. Llegó incluso a sentir cierta irritación contra el campesino, alzó los hombros enojado y frunció el entrecejo; pero la visión de la miseria que tenía alrededor, y en medio de esa miseria, el

aspecto tranquilo y satisfecho de Churis, transformaron su enfado en algo parecido a un sentimiento de tristeza y desesperanza.

—¿Pero cómo has podido no decirme nada antes, Iván?—dijo en tono de reclamo, sentándose en el banco ladeado y sucio.

—No me atreví, su excelencia—respondió Churis con esa misma sonrisa apenas perceptible, apoyando sobre el suelo de tierra ora uno de sus pies descalzos y sucios, ora el otro; pero lo dijo con tanta osadía y tanta serenidad, que resultaba difícil creer que no se hubiese atrevido a ir a ver al señor.

—No somos más que campesinos: ¡cómo nos íbamos a atrever!...—comenzó la vieja lloriqueando.

—¡Tú a callar!—se dirigió de nuevo a ella Churis.

—No puedes vivir en esta isba, ¡es absurdo!—dijo Nejliúдов, tras un breve silencio—. Esto es lo que vamos a hacer, muchacho...

—Lo que usted mande—respondió Churis.
—¿Has visto las isbas de piedra, las Gherard,⁵ que he mandado construir en el nuevo caserío? ¿Las que apenas son sólo paredes?

—Claro que las he visto—respondió Churis,

con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes blancos, aún enteros—, ¡no nos hemos cansado de ver y admirar cómo iban armando esas isbas tan curiosas! Los muchachos bromeaban con que a lo mejor iban a resultar bodegas para guardar ahí los granos y que no se los comieran las ratas. ¡Vaya isbas!—concluyó moviendo la cabeza con una expresión de burlona perplejidad—, más parecen cárceles.

—Las isbas están muy bien, son secas y calientes, y corren menos peligro de incendiarse—respondió el señor frunciendo su rostro joven, visiblemente descontento de la ironía del campesino.

—No cabe duda, su excelencia, son muy buenas isbas.

—Y bien, una de ellas ya está terminada. Es una de diez arshinas, con zaguán y trastero, que ya está completamente acabada. Te la voy a dar a crédito en lo que cuesta: algún día me la reembolsarás—dijo el señor contento de sí mismo y con una sonrisa que no había podido evitar al pensar que estaba haciendo una buena acción—. Puedes derribar la vieja—continuó—, o dejarla como granero. Y trasladaremos todo tu patio. El agua allá es espléndida, sembraremos los huertos en tierras novalas, y tus parcelas, te las asig-

naré ahí, justo al lado, en los tres terrenos. ¡Vivirás maravillosamente bien! Pero... ¿no te gusta la idea?—preguntó Nejlíúrov al darse cuenta de que en cuanto había comenzado a hablar de traslado, Churis se había hundido en una inmovilidad absoluta y, ya sin sonreír, no despejaba la vista del suelo.

—Como su excelencia ordene—respondió, sin levantar la mirada.

La vieja dio unos pasos hacia delante, como si le hubieran echado sal en una herida abierta, y se disponía a decir algo, pero el marido se le adelantó.

—Como su excelencia ordene—repitió con un tono decidido y al mismo tiempo sumiso, mirando al señor y sacudiendo la cabellera—, pero nosotros no podemos vivir en el nuevo caserío.

—¿Por qué?

—No, su excelencia, aquí ya vivimos mal, pero si nos traslada para allá, jamás seríamos campesinos de verdad. ¿Qué clase de campesinos seríamos? ¡No se puede vivir allí, aunque usted diga lo que diga!

—Pero ¿por qué?

—Porque para nosotros sería la ruina, su excelencia.